

“Dios en la tierra”: La desconexión como modelo del odio

Faith Blackhurst



El cuento “Dios en la tierra” de José Revueltas, el cual crítico Seymour Menton considera “una visión trágica del odio primitivo y eterno entre los hombres”, emula el ambiente vacío de conexión humana prevalente en los tiempos de la Guerra de los Cristeros (1926-1929) de México (250). Años después de la promulgación de la Constitución de 1917, la cual pretendía restringir severamente la autonomía de la iglesia católica, el gobierno del Presidente Plutarco Elías Calles empezó a imponer con mayor fuerza las leyes anticlericales que hacían parte de esta constitución. A pesar de que la mayoría de la población del país que Calles gobernaba se identificaba como católica—a decir verdad, más del noventa por ciento de sus habitantes eran católicos—Calles insistía en alienar su pueblo al atacar su religión con desdén.

Al iluminar este tiempo histórico para sus lectores, “Dios en la tierra” sirve para expresar lo que Ángel Arias Urrutia llama “un hondo pesimismo existencial” que contagia todo el pueblo durante la Guerra Cristera y se alimenta por medio de la desconexión humana y religiosa entre los mexicanos (429). Fue una desconexión que originó con Calles y sus leyes—por ello, los mexicanos lucharan fuertemente entre sí en nombre de Dios, aunque esta justificación religiosa para las acciones de las dos partes era una máscara débil por otros motivos malvados. Recordemos que la mayoría de los soldados de Calles eran católicos y probablemente no tenían deseos de imponer tales leyes en sus seres queridos o líderes religiosos; es posible que sintieran una apatía enorme en sus deberes al gobierno, más cumplían como títeres para poder salvarse de la retribución violenta, aun la muerte. Al vivir una vida con la que ellos no estaban de acuerdo, es probable que tuvieran que desconectarse mentalmente para sobrevivir, lo cual afectaba las relaciones entre sí.

Aunque este contexto histórico tal vez sea importante para orientarse como lector, es forzoso entender que lo histórico sea solamente un marco en que el narrador nos quiere expresar problemas humanos sumamente más grandes y duraderos que una guerra de tres años. El autor, Ángel Arias Urrutia, reconoce que esta obra de Revueltas es “poco conocida”, como obras de autores Yáñez y Rulfo que también se enfocan en la Guerra Cristera; sin embargo, explica que lo importante es cómo estos autores se apartan de los otros guerra-cristeros en su enfoque:

... [ellos] llevan a cabo lo que algunos críticos denominan el proceso «modernizador» de la narrativa mexicana. Frente a las novelas de tema cristero, sus novelas y relatos recogen hechos de la guerra de manera más bien oblicua: los elementos propiamente ficcionales adquieren mayor peso y lo histórico determina en menor medida la acción. (425)

Por eso, podemos entender que Revueltas desea poner énfasis en los problemas humanos del tiempo, los cuales siempre surgen y provienen de corazones corruptos de odio durante tiempos de tensión política. El narrador usa estos elementos ficcionales—principalmente la anonimidad, los motivos de la piedra y el agua, una falta de diálogo y una caracterización fuerte y deprimente de Dios—para poder enfatizar la desconexión emocional e ideológica entre los personajes en el mundo del cuento y para mostrar las consecuencias graves de esta división durante tiempos de guerra y desacuerdo.

La desconexión entre los hombres

En primer lugar, el narrador del cuento “Dios en la tierra” emplea la falta de conexión entre los humanos para mostrar que cuando esta desconexión ocurre, los hombres llegan a ser fríos, entumecidos y sanguinarios. Esta falta de conexión, al fondo, literalmente conduce a la muerte; primeramente, el espíritu se consume por el miedo y falta de amor, y después el cuerpo físico es destruido por el enemigo, como ocurre con el maestro inocente al fin del cuento.

El cuento mayormente carece de diálogo, y cuando se usa, siempre se emplea de una manera completamente anónima, lo cual muestra una falta de relaciones fuertes entre los personajes y causa una desconexión y frialdad muy palpable. A veces los personajes son definidos por sus títulos como “el sargento”, “el teniente”, o “el profesor”, pero nunca se utilizan sus nombres reales para identificarse (247). En un ejemplo específico de la anonimidad consumidor, el grupo de soldados lamenta su falta de agua colectivamente, lo cual es ilustrado por el narrador así: “La voz era una, unánime, sin límites: ‘Ni agua’” (246). Aun al final de la historia, un grupo violento de cristeros, los que luchan por la libertad religiosa, se describe como “la masa blanca”; el narrador deshumaniza estas personas que descienden sobre el profesor para matarlo al moldearlas en una masa singular y anónima (249). Esta anonimidad enfatiza la falta de conexión entre los personajes—parece implicar que ellos no se entienden, no se importan y no quieren buscar estas conexiones entre sí. Como explica Menton: “Las pocas palabras pronunciadas por los personajes, sean anónimos o tengan nombres sin individualizarse, quedan sin contestación para reforzar la impresión de los muros entre los hombres” (251).

Y estos muros no son fáciles de superar cuando se construyen con el ladrillo y mortero de desesperación de tiempos pesimistas. La desesperación es evidente en la voz del narrador, quien busca la gota dulce de agua en el desierto, diciendo en manera colectiva que uno:

Se siente un deseo inexplicable, un coraje y los diablos echan lumbre en el estómago y en las orejas para que todo el cuerpo arda, se consuma, reviente. El agua se convierte, entonces en algo más grande que el mundo, y nos dejaríamos cortar una mano o un pie o los testículos, por hundirnos en su claridad y respirar su frescura, aunque después muriésemos. (247)

La fuerza de los pensamientos de los soldados, ahora dispuestos a cortar los testículos y morir para poder escaparse del infierno que están viviendo al echarse en el agua, muestra lo difícil que es ser solo otro soldado en una legión, sin identidad o sentido de propósito que resuena en el corazón.

La anonimidad prevalente en las relaciones de los soldados tiene otras implicaciones también, las cuales se iluminan al observar sus emociones. Interesantemente, aunque ellos siempre están en un grupo grande de personas, se sugiere la idea de estar “profundamente solo[s]”, lo cual se realiza por esta anonimidad (246). Si nunca se forman relaciones fuertes entre los soldados, la soledad prevalece. La anonimidad, en este caso por lo menos, crea un sentimiento de distancia e incomodidad. Es evidente que toda la frustración y la desesperación que se encuentran entre el grupo de soldados, y cuando estos no forman relaciones cercanas, el lector puede sentir esta falta de conexión, o tal vez esta falta de amor, entre ellos, lo cual contribuye al ambiente de conflicto.

El conflicto parece aumentar durante el cuento por medio de varios tipos de repetición—la de palabras, frases e ideas generales—que hace que el lector sienta la gravedad de la situación.

Menton explica en su comentario sobre “Dios en la tierra”: “El mismo narrador se permite varias preguntas y exclamaciones retóricas (en series de dos o tres) que sirven tanto para insistir en el aislamiento del hombre como para interrumpir los trozos descriptivos” (252). En adición a estas preguntas repetidas y casi obsesivas, como “¿Quién era?” o “¿Cuándo llegarían?”, dos

de las palabras que se repiten más frecuentemente son “agua” y “piedra”. La yuxtaposición de las dos palabras ejemplifica la lucha entre el gozo de la vida y lo duro, lo difícil, respectivamente; sin embargo, la piedra parece triunfar la mayoría del tiempo porque “avanza un milímetro por siglo”, siendo fuerte e inmóvil a pesar del agua que fluye encima (243). Esa yuxtaposición entre la piedra y el agua aumenta el sentimiento de conflicto, el de no poder escapar del odio y las dificultades. Semejantemente, la siguiente frase repetida sirve para desarrollar un peso emocional más y más abrumador en el lector; el narrador dice, hablando de las piedras: “de tan profundas, de tan gruesas, de tan de Dios” (243). En otro ejemplo, la frase “la ceguera más ciega de su historia” enfatiza el mal entendimiento de las personas por la repetición de esta idea de la ceguera, efectivamente enfatizando al mismo tiempo la habilidad que el odio tiene para cegar a las personas a las perspectivas de los demás, lo cual fortalece esta desconexión entre los hombres y construye muros altos entre ellos (244).

La piedra en “Dios en la tierra” es simbólica de estos muros entre los hombres que crean la desconexión y el odio imparables de los humanos. Una de las ideas que se repite frecuentemente en el cuento es la de la inmensidad de las cosas, especialmente las piedras, las cuales se representan como “gigantesc[a]s”, “enormes”, “inmensas”, “descomunales” y “gruesas” (243–244). En el texto, varias frases como “inmensas piedras” y “lápidas enormes” indican la grandeza del odio de los seres humanos, lo cual crea una división fuerte entre individuos. Adicionalmente, las “lápidas” señalan a la muerte, la cual frecuentemente es un resultado de este odio cuando se convierte en el ímpetu de la guerra (243). La desconexión solo cultiva más odio en un ciclo triste demente de conflicto.

La desconexión entre la fe y la práctica

El narrador de “Dios en la tierra” muestra que la desconexión entre la fe y la práctica lleva a justificaciones débiles de muchos crímenes y maldades hechos en el nombre de Dios, los cuales enfatizan la ignorancia prevalente durante la Guerra Cristera. Como crítico respetado Seymour Menton nos explica, “Revueltas empieza su cuento con una visión cósmica. Sin embargo, por tener a la mano más recursos artísticos, no se contenta con sugerir una escena del libro de Génesis; va más allá; crea el escenario del hombre cavernario”—y este “hombre cavernario” que Revueltas pinta es sanguinario, impulsivo y absolutamente entumecido porque sus prácticas religiosas dejan de ser atadas a su fe, y se tornan rituales sin espiritualidad (251).

La desconexión entre la fe y la práctica realmente empieza con un malentendido de la naturaleza de Dios por los cristeros, lo que se explica por medio del simbolismo de la piedra y el agua. Repetidamente en el texto del cuento, el narrador refiere a Dios como “el Dios de odio” y representa al ser divino por medio de la piedra: algo duro y frío, sin sentimiento. Se describe como: “Dios de los Ejércitos; Dios de los dientes apretados; Dios fuerte y terrible, hostil y sordo, de piedra ardiendo, de sangre helada” (244). Parece que el pueblo escoge adoptar una imagen de Dios que se comparte por los judíos—una imagen del dios cruel y demandante del Antiguo Testamento.

Sin embargo, el narrador crea una yuxtaposición para el lector entre la piedra y el agua—muestra otro tipo de Dios, pero sin vincular la idea directamente con el ser divino. Vemos que el motivo opuesto de la piedra es el agua, la cual se describe con lo siguiente: “El agua es tierna y llena de gracia” (246). Esta imagen de Dios, y de Jesucristo, es más aceptada por el mundo moderno—una imagen de un dios misericordioso y llena de amor. En este cuento, el agua es la única esperanza que se presenta, aunque en el mismo momento simboliza la necesidad más abrumadora de todas. El agua da vida, como

también Jesucristo da vida espiritual como “el agua viva” de la Biblia Sagrada. ¿Y cómo es la vida sin agua? ¿Sin Jesucristo? Simplemente no existe—no puede existir. La necesidad de los hombres en el cuento de recibir agua y la religión que otra vez crea una conexión fuerte entre Dios y el humano es obvio. Esta conexión restaurada podría empezar la destrucción de los muros de miedo y desesperación; podría generar amor y entendimiento de entre los hombres.

El agua no solamente representa la gran necesidad de los soldados de recibir el agua, pero al fin del cuento, también representa el motivo desafortunado del homicidio del “profesor” (249). ¿Cómo puede algo tan “tierno” relacionarse con la matanza de un hombre caritativo? Pues, este acontecimiento y su provocación contribuyen significativamente a la índole abrumadora de este cuento. De hecho, parece que los cristeros, quienes imitan el error de los judíos, con “la ceguera más ciega de su historia” escogen crucificar a Jesús de nuevo (244).

Al fin del cuento, los cristeros pasan por un pueblo donde todos los habitantes se esconden, salvo un “maldito profesor” que tiene que cumplir con su palabra al dar a los soldados cristeros algo invaluable—el agua (247). Cuando llegaron los soldados, el profesor “estaba ciego de angustia, loco de terror, pálido y verde en medio de la masa. De todos lados se le golpeaba, sin el menor orden o sistema, conforme el odio, espontáneo, salía.” ¿Cuál era su crimen? “Les dio agua a los federales, el desgraciado” (249). La ironía es que, en este momento, los cristeros, con su lema “¡Viva Cristo Rey!”, son los que no reconocen las virtudes cristianas de su víctima. La desconexión entre su fe y la práctica de su religión es más obvia en este momento que en cualquier otro—su crueldad es sorprendente y decepcionante.

Con su justificación que “Dios está defendiendo su iglesia, su gran iglesia sin agua, su iglesia de piedra, su iglesia de siglos” por medio de las matanzas de los enemigos, ejecutan una matanza que el narrador llama “brutalmente sencilla” (250). Como Jesucristo se llama “¡Traidor! ¡Traidor!” contra el emperador de César, el profesor es traidor por compartir el agua viva con todos, no solo los benditos cristeros (250). En una descripción soberbia de las secuelas, el narrador dice que “De lejos el maestro parecía un espantapájaros sobre su estaca” y evoca la imagen de Jesucristo sobre la cruz (250).

Conclusión

“Dios en la tierra” de José Revueltas, escrito como ficción histórica de la Guerra Cristera y el odio prevalente del tiempo, sirve como un comentario de la naturaleza humana y las consecuencias graves que surgen al usar la religión como justificación para la guerra. Al separar la fe verdadera de la práctica religiosa, esta desconexión aumenta y contagia las relaciones entre los hombres también, fomentando el odio, la falta de entendimiento, la apatía y la anonimidad. Los muros fuertes construidos entre los individuos solo sirven para crear más y más distancia entre ideologías que se oponen, y expulsa el amor de Dios—la fraternidad—del mundo.

Aunque la cita siguiente del periodista José Miguel Oviedo no tiene vínculo directo con el contexto histórico de “Dios en la tierra”, expresa claramente el daño que el uso de la religión como justificación para la guerra impone en la raza humana. Aun más importante, se refleja la misma lamentación anteriormente citada de Seymour Menton, de que “Revueltas ... crea el escenario del hombre cavernario” sanguino y entumecido por sus prácticas religiosas que han dejado de ser atadas a su fe (251). José Miguel Oviedo, después de testiguar el ataque terrorista famoso del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, dijo lo siguiente sobre la fe y la guerra:

Para mí, este es el aspecto más abyecto de todo: el uso político de la religión para justificar el asesinato de inocentes. El terrorismo, la guerrilla y la violencia insensata—de Cisjordania a la región vasca, de Irlanda del Norte a Colombia, del Talibán a Sendero Luminoso—se presenta ahora como la única alternativa en un mundo que ha elegido librar la lucha política como una implacable forma de delincuencia global. Pese

a nuestras computadoras y otros avances tecnológicos, hemos vuelto—vergonzosamente—a la época de las cavernas, adorando al nuevo dios: el odio en estado de absoluta pureza. (44)

Así es—los humanos una y otra vez vuelven “a la época de las cavernas, adorando al nuevo dios: el odio en estado de absoluta pureza” para fabricar su propio “Dios en la tierra”.

Bibliografía

- Arias Urrutia, Ángel. "La Guerra Cristera en la narrativa mexicana. Historia y ficción." *Anuario de Historia de la Iglesia*, 2002, 11: 423-430. Web.
- Oviedo, José Miguel. "El estado puro del odio." *Nexos: Sociedad, Ciencia, Literatura*, Oct. 2001, p. 44. Literature Resource Center. 28 Jan. 2016. Web.
- Menton, Seymour. *El cuento hispanoamericano*. Fondo de Cultura Económica: D.F., México, 1964. Print.
- Revueltas, José. "Dios en la tierra." *El cuento hispanoamericano*, editado por Seymour Menton, Fondo de Cultura Económica: D.F., México, 1964, 243-250. Print.